

ESCUELA POPULAR DE GUERRA

DE

INFANTERIA, CABALLERIA
E INTENDENCIA

MORAL MILITAR

1 9 3 7



TIPOGRAFIA P. QUILES

Grabador Esteve, 19
VALENCIA

L112



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes

ESCUELA POPULAR DE GUERRA

INFANTERÍA CABALLERÍA
E INTENDENCIA

MORAL MILITAR

MORAL MILITAR

TIPOGRAFIA P. QUILES

BARCELONA

MORAL MILITAR

ESCUELA POPULAR DE GUERRA

DE

INFANTERIA, CABALLERIA
E INTENDENCIA

MORAL MILITAR

1937



TIPOGRAFIA P. QUILES

Grabador Esteve, 19

VALENCIA

ESCUELA POPULAR DE GUERRA

INFANTERÍA, CABALLERÍA
E INTENDENCIA

MORAL MILITAR

1931



TIPOGRAFIA F. DOLIBES

Ordoño Etxebarri
VALENCIA

MORAL MILITAR

TEMA PRIMERO

Moral militar

Entendemos por moral militar la cualidad o fuerza que permite al hombre soportar sin desfallecimiento, todas las causas de depresión engendradas por la guerra. Merced a ella puede sufrir sin abatimiento toda suerte de privaciones, necesidades, miserias y desgracias que la guerra tiene como secuela. Por la moral militar, el soldado o miliciano afrontará el peligro cuando sea necesario y aun la muerte en sacrificio voluntario.

SU IMPORTANCIA Y PELIGROS DE SU RELAJAMIENTO.—En la guerra actual, el hombre de guerra debe ser moralmente fuerte, pues la duración de los choques violentos es mayor que nunca y su firmeza está sometida a pruebas muy duras. Para vencer al adversario es preciso disponer de medios materiales, cuya acumulación ha sido en todo tiempo objeto de profundos estudios; pero en la guerra moderna todos estos medios materiales no bastan para obtener la victoria. El triunfo final será de quien conserve vivas más tiempo sus fuerzas morales. El tiempo destruye todo, todas las energías caen bajo su peso, incluso la energía moral más alta decae si alguien no se esfuerza por mantenerla en pie. Como todas las demás fuerzas, se agota la energía moral por la duración de la lucha, por las privaciones, por los choques morales repetidos y, más que nada, por la pérdida de la confianza en el mando. Si el mando, por negligencia imperdonable, deja de cultivar la fuerza moral de sus hombres, verá aniquilarse bien pronto todos sus anteriores esfuerzos, las fuerzas cederán pronto a la presión del adversario y la derrota sería la terminación fatal de su imprevisión. "Es necesario—decía un valeroso general—para triunfar en la guerra, que nuestra moral dure un cuarto de hora más que la del enemigo", y esto sólo

puede obtenerse con mandos que tengan moral suficiente para no considerarse derrotados hasta morir. Su decisión de vencer debe mantenerse inquebrantable, su deseo de victoria ha de ser bastante firme para ser dueño de la situación los últimos. La guerra no es, al fin, más que una pugna de voluntades opuestas.

Las fatigas físicas, las desgracias y males que se derivan de la tragedia pueden producir debilitamiento en los individuos de menos moral, que no verán más que la situación del momento, incapacitándose para comparar las manifestaciones de su egoísmo con las ventajas de una victoria completa, no pensarán en las calamidades que el abandono prematuro de la lucha puede producir. Este relajamiento de la moral puede ser fatal. Si los jefes no ponen rápido remedio, los derrotistas aumentarán, y el ejército mejor armado será vencido, porque de nada sirven las armas más modernas si tiembla el que las maneja.

CÓMO SE EVITA EL RELAJAMIENTO DE LA MORAL.—Y para que el jefe pueda evitar el relajamiento de la moral de sus fuerzas, es preciso, en primer término, que conozca el elemento hombre, que debe manejar con capacidad y tino, para lo que se le exigen cualidades que más tarde trataremos.

EL HOMBRE.—CAUSAS QUE MODIFICAN SU MORAL.—Aunque ya no se haga la guerra como antes, a fuerza de hombres, y el material desempeñe en ella un papel cada vez más importante, es el hombre el elemento que lo maneja y anima, es el actor del drama, único capaz de obrar con inteligencia y discernimiento, por lo que de su valor moral es de quien depende el éxito. Pero el valor moral del hombre cambia con el individuo y con las circunstancias que en él concurren, y sólo podemos estudiarlo prescindiendo de casos particulares por las causas susceptibles de hacerlo variar. Cuyas causas son, principalmente: la edad, el temperamento, el estado físico, las condiciones de la vida material, las cargas de familia, el entusiasmo y amor a una idea, la confianza en el triunfo final, el valor, competencia y espíritu de justicia de los jefes, capacidad de acción de los medios materiales, los éxitos y fracasos, la disciplina, la moral de la retaguardia, los premios y castigos, a más de otras que, menos frecuentes en su influencia, no por ello podrán dejar de presentarse, favoreciendo o perjudicando la moral de las fuerzas, ya actuando sobre la individualidad, ya sobre la colectividad.

EL HOMBRE EN EL COMBATE.—Antes de estudiar con algún detenimiento las causas que influyen alterando los valores morales del hombre, lo cual haremos en las conferencias siguientes, veremos, desde un punto de vista objetivo, lo que es el hombre en el combate.

Para formarse una idea clara del estado moral del hombre, y principalmente del infante, frente al peligro, es preciso observarlo

en su medio moral entre sus compañeros y en el calor de la acción. Allí se muestra en su verdadera manera de ser, tanto en su grandeza como en su desfallecimiento.

El hombre tiene horror a la muerte. Los seres escogidos en los que el amor a una idea, el concepto del deber que ellos sólo pueden comprender y cumplir, hace a veces marchar hacia adelante, son excepciones; la masa siempre retrocede ante la vista del fantasma. El combatiente es de carne y hueso.

El hombre, en general, ante el peligro, es un ser nervioso, impresionable, conmovible, turbado, distraído, sobreexcitado, móvil, que se esquila asimismo, en el que el instinto de conservación domina en ciertos momentos a todos los sentimientos.

MIEDO.—El horror a la muerte que el hombre experimenta ante el peligro se traduce en miedo, que es su verdadero y mayor enemigo. Todos los riesgos del combate, el efecto de las armas más mortíferas, no hacen peligrar, en realidad, tanto la vida del hombre como el miedo. En efecto, el miedo le paraliza, le hace creer estar vencido antes de haber utilizado todos sus medios, le priva de la serenidad necesaria para cubrirse de los fuegos adversos, le impide concebir toda maniobra, y, al fin, le pone delante del arma enemiga, que lo remata.

CÓMO SE MANIFIESTA EL MIEDO.—Y siendo constante en la guerra los motivos capaces de producir el miedo, se comprende lo importante y lo difícil de conseguir una fuerte moral capaz de vencerlo.

Sigamos, pues, al infante en las etapas distintas de un combate:

Antes de empeñar combate, pero cuando ya no hay duda de que se aproxima la hora decisiva, algunos tratan de desenfilarse, esquivarse, se pretexta una indisposición, una necesidad a veces real, un descontento, para evitar el entrar en él; ya en la marcha de aproche surgen las dolencias antiguas que impiden caminar, el calzado lastima, hace frío o calor, no se está bien alimentado, la fatiga es demasiada, otras fuerzas deberían intervenir, etc., se aprovecha el paso por un bosque o pueblo para quedar rezagado, se finge haber perdido los cartuchos o hallarse estropeado el fusil y muchas causas más que justifican la cobardía de los miedosos, de los pusilánimes que ni aun procuran dominar su aprensión ante el peligro. Felizmente, son en corto número y basta una prudente vigilancia, una palabra de desprecio, una ligera corrección verbal, por parte de cualquier superior, para que cada uno permanezca en su puesto.

Cuando la tropa penetra en la zona que la explosión de las primeras granadas hace ya verdaderamente peligrosa, el hombre manifiesta generalmente sus impresiones por un profundo silencio. Algunos intentan todavía detenerse para socorrer un herido o recoger sus cartuchos, pero el combatiente todavía está atento a las órdenes

de sus jefes; por el contrario, en las reservas mantenidas inmóviles durante el fuego, la vigilancia ha de extremarse, pues con facilidad se propaga en ellas el deseo de abandono del lugar peligroso, a pretexto de que el emplazamiento es mal elegido o de que nada se perdería con cambiarlo por otro más a retaguardia, etc. En fin, cuando realmente entra en combate, encontrándose bajo una lluvia de balas y granadas, en medio de este intenso peligro, el soldado siente que disminuye su valor y ardor combativos, se impresiona por los vacíos que se producen a su alrededor, por la visión del campo de batalla, zona de muerte que atravesar, gritos de los heridos, estertores de los moribundos, silbidos de balas, crepitar de ametralladoras, estallidos de granadas, vuelo de aviones, incendios de pueblecillos. Todos esos horrores se los había imaginado muy mal, y ahora ya no puede escapar a la influencia del miedo; si no llega a dominarlo, es hombre perdido, incapaz de reflexionar, que ya no sabe lo que hace. Y es que, en efecto, el miedo produce al mismo tiempo, sobre el hombre, una acción moral y una acción física.

ACCIÓN MORAL.—VALOR.—La acción moral del miedo engendra esa lucha interior entre la voluntad y el instinto, de la que los hombres bien templados, que tengan el sentimiento del deber y el culto de la misión que desempeñan, salen generalmente victoriosos. Es muy raro en efecto, que se puedan escapar a esa acción moral del miedo, al menos la primera vez que se enfrenta uno con la muerte cara a cara, y, sin embargo, se lucha y se avanza, y los actos de heroísmo individual y colectivo se suceden sin cesar. Y es que el valor no es otra cosa que el miedo vencido.

MIEDO FÍSICO.—VALOR.—La acción física del miedo es muy distinta, no alcanza más que algunos temperamentos. En esta terrible prueba del combate, donde la muerte está en el ambiente invisible y ciega, perceptible por sus horribles resoplidos, que hacen agachar la cabeza; las naturalezas sensibles, impresionables, nerviosas, pronto se desconciertan, y si no encuentran en su voluntad o en el ejemplo del compañero o del jefe el acicate de su amor propio que les haga reaccionar, sucumben al miedo físico, al menos, y esto es lo más general, momentáneamente.

El miedo físico se manifiesta por la contracción del vientre y testículos, la palidez del rostro, se enturbian los ojos, se aprieta la garganta, la respiración se hace jadeante, el corazón late veloz, la boca se seca, las extremidades tiemblan y el cansancio se muestra en desproporción con el trabajo realizado. De ello resulta un verdadero sufrimiento físico que, especialmente, se traduce en sed. La sed del campo de batalla es, para muchos, el recuerdo que con más horror rememoran; el hambre y la fatiga quedan borrados por la sed. Pero no todos los predispuestos al miedo físico sucumben ante

él, y aun es frecuente que los más bravos surjan de entre ellos. Celebrada es la frase de Turena cuando él dijo, refiriéndose al temblor que sus miembros experimentaban: "Tú tiemblas estantigua, pero aun temblarás más cuando sepas dónde quiero llevarte en seguida", y ordenando el asalto, lanzóse a él en primera fila, y su valor le hizo célebre en la humanidad.

En ese período del combate, el soldado no avanza ya más que lenta y difícilmente; siempre que puede se entierra, no importa dónde, lo mismo detrás de un seto, al que atraviesan las balas, que en un obstáculo en donde verdaderamente está abrigado; además tiende a agruparse con sus compañeros, creyendo que cuanto más numerosos sean para correr un azar peligroso, mayor es la probabilidad de salir indemne. Por consiguiente, hay que combatir la adherencia al suelo y el amontonamiento.

NECESIDAD DE MORAL MILITAR AUN CON FUERZAS VALEROSAS.—Los hombres que han vencido las pruebas que preceden, pueden ser considerados como bravos, ardientes y de buena voluntad, pero habiendo advertido a cada paso que la carne atrae al plomo, el soldado no tiene más idea que la de acabar. Entonces, forzosa, invenciblemente, se escapa y tiende bien a lanzarse al asalto, y esto es lo general, o bien a huir; en lo que debe enseñársele que se halla el mayor peligro. En efecto, el enemigo se creería, tiraría serenamente apuntando a cuerpos descubiertos desde sus escondites, y el fuego, entonces, a la distancia corta a que se halla, es eficacísimo.

Llegados a tal altura, sólo hay un medio de evitar el peligro: arrojarse impetuosamente hacia adelante. Pues bien, por corto que sea el espacio y el tiempo que del enemigo nos separa, todavía se muestra el instinto. Y se lanzan los hombres al asalto, pero muchos lo hacen con prudencia, con segunda intención, dejando pasar a los más apresurados y a los más intrépidos. En tal momento también precisa una vigilancia que ha de ser, y lo es en general, instintivamente ejercida por todos. En el combate de encuentro, cuando las dos infanterías no han tenido tiempo de atrincherarse, el choque y la refriega consecutivos al asalto, es muy raro que se produzcan. Entonces la cuestión está netamente entre dos impulsos morales y casi nunca se encuentran dos resoluciones iguales frente a frente. El que menos moral tiene, huye.

En la guerra de posición, por el contrario, el asalto acarrea el cuerpo a cuerpo; el defensor está obligado a resistir, porque la huida le es ya imposible, y si la moral es necesaria, también lo son los medios de destrucción; forzosamente se ha de aniquilar al enemigo.

CÓMO SE RESTABLECE LA MORAL DESGASTADA.—Tales son las duras pruebas a que está sometido el combatiente que por primera vez entra en fuego, y sucede que no siempre sale victorioso de ellas.

La moral de una tropa no aguerrida puede conmoverse en los primeros contactos con el enemigo; pero al cabo de cierto tiempo, los hombres están aguerridos y son menos sensibles al miedo. Desde este punto de vista, la vida en las trincheras es una excelente escuela; allí aprende el infante a despreciar el peligro, y se prepara para el gran día del ataque. Por el contrario, la prolongada vida en las trincheras es perjudicial al espíritu ofensivo, y ha de preparársele para el ataque con un período de ejercicios fuera de ellas que den cohesión a las diversas unidades.

Aunque el soldado sea aguerrido, es una prueba tan agotadora la del combate, que no hay que creer que una unidad empleada sucesivamente dará cada vez mayor rendimiento; es necesario reparar las fuerzas morales, alejando temporalmente al hombre de los peligros continuados del frente, trasladándole a la retaguardia, en la que interesa sea la vida activa y de trabajo, sí, pero que dé, cuanto más mejor, la sensación de seguridad que el sistema nervioso de un hombre agotado por los golpes sufridos exige.

TEMA SEGUNDO

Causas que alteran los valores morales del combatiente

En la anterior conferencia vimos los efectos que normalmente se producen en el combatiente a causa de las diversas incidencias del combate, y dimos la pauta que puede seguirse para aminorar tales efectos. Y dijimos que las causas que, aparte del normal desenvolvimiento de la lucha, influían, alterándolos, los valores morales del combatiente; eran: la edad, el temperamento, el estado físico, las condiciones de la vida material en campaña, las cargas de familia, el entusiasmo y amor a una idea, la confianza en el triunfo final, el valor, competencia y espíritu de justicia de los jefes, capacidad de acción de los medios materiales, los éxitos y fracasos, la disciplina, la moral de la retaguardia, las recompensas y los sentimientos nobles.

De estas causas se derivan efectos que aminoran o aumentan la moral del combatiente, y si no pueden darse reglas fijas que permitan evitar las primeras y hacer que se produzcan las segundas, sí cabe, con el conocimiento de las mismas, tratar en muchos casos de disminuir o aumentar los efectos.

EDAD.—El joven es impulsivo, ardoroso, lleno de ánimo y fogosi-

dad, es moldeable, fácil de aceptar una idea, generoso e imprevisible; pero poco consecuente. El viejo es más calmoso, menos sensible en sus reacciones, más realista, más positivo, razona y calcula.

TEMPERAMENTO.—Enlazado íntimamente con la edad, que crea el carácter del hombre, es más importante en los jóvenes, en los que se muestran más puras las condiciones de cada temperamento. En el hombre hecho, el temperamento ha dejado paso al carácter, que se habrá moldeado por la sucesión de hechos que constituyen su vida. El temperamento nervioso da individuos impresionables, predispuestos al pánico y al heroísmo, inteligentes y capaces de agotarse en cualquier trabajo por su exceso de amor propio. Son, en general, delgados, pero fuertes; difícilmente permanecen quietos; la inactividad los excita. El temperamento bilioso da hombres reservados, calculadores, murmuradores, vengativos, sagaces, poco predispuestos al miedo físico; la inactividad los deprime; son generalmente morenos, pálidos y delgados. El temperamento sanguíneo proporciona hombres jóvenes, inteligentes, valerosos, fuertes, poco predispuestos al miedo físico, en los que sólo produce palidez; se recobran con facilidad; no gustan de las privaciones y sacrificios; la quietud les satisface; no son madera de héroes. Son, en general, sanos, de buen color y constitución. Finalmente el temperamento linfático produce seres cuyo rasgo definidor es la calma. Son perezosos, gruesos, sin el aspecto sano de los sanguíneos, poco inteligentes; pueden ser valerosos, pero no darán muestra de ello sino en último extremo y para defender su propia vida; egoístas, el miedo difícilmente hace mella en ellos; la inactividad es su elemento. Difícilmente se halla un ser cuyo temperamento sea puro; generalmente en el individuo existe una mezcla de dos, tres y aun los cuatro temperamentos tipos; el predominio de uno de ellos es lo que define a los tipos nervioso, bilioso, nervioso-sanguíneo, sanguíneo-linfático, etc., cuyas características se aproximarán a la suma de las de los tipos que las constituyen.

ESTADO FÍSICO.—El hombre sano, fuerte, es mejor combatiente que el enfermizo y débil.

CONDICIONES DE LA VIDA MATERIAL.—Una fuerza bien alimentada que goce, aun en la trinchera, de comodidades relativas, estará siempre en mejores condiciones para el combate que otra que careciese de tales goces. Las necesidades de una fuerza varían, no obstante, notablemente con las condiciones en que se desarrolle la vida anterior del combatiente; un campesino resistirá mejor las inclemencias del tiempo que un operario de fábrica.

LAS CARGAS DE FAMILIA.—El célibe carece, en general, de preocupaciones; el casado o el que tiene que atender al sustento de sus hermanos, de sus hijos, etc., necesariamente tiene que estar constante-

mente preocupado con su suerte, lo que le restará cualidades buenas de combatiente.

EL ENTUSIASMO Y AMOR A UNA IDEA.—Son el germen esencial de donde deriva la fuerza moral del combatiente. El que verdaderamente defiende una idea en la lucha, difícilmente se dará por vencido antes de haber empleado todos los medios defensivos. Tanto mejor reaccionará el soldado en los momentos de decaimiento moral cuanto más desarrollado esté en él el culto de sus ideales. El que siente la justicia de la causa que defiende, pondrá su ideal por encima de sus lazos de familia y de su propia existencia. Si las vicisitudes de la campaña le colocan en situaciones críticas, sabrá luchar hasta el fin sin desfallecimientos, venciendo todas las dificultades, todas las causas de depresión motivadas por la guerra.

En campaña es a los jefes a quienes incumbe entretener este factor de la lucha tan potente para el espíritu guerrero de un ejército, avivando el noble sentimiento de los ideales de justicia que al pueblo animan, por medio de conferencias dadas por hombres dotados de suficiente capacidad para ello (comisarios políticos, diputados, etc.).

Ciertas causas pueden alterar la fuerza viva que representa el culto a las ideas, y se derivan todas de la multiplicidad de formas de concebir la justicia social.

Hay que llevar al ánimo del combatiente la seguridad de que todos vamos a un mismo fin, que nada separa nuestros ideales de justicia, que todos somos del pueblo y al pueblo defendemos, que enfrente tenemos al enemigo de todos, al que se ha de aplastar, y para ello es preciso mantenernos integralmente unidos por esta sola preocupación: combatir al adversario con todas las fuerzas, con todas las energías, con toda la potencia de acción que se disponga, sin distraer nada de esta orientación única. Las discusiones políticas, las querellas de partido, las luchas de sindicatos, deben desaparecer, no solamente en el ejército de combate, sino también en el interior del país, en la retaguardia. Todas las colisiones de intereses, todas las rivalidades de cualquier orden, deben ser desechadas sin fomentarse disensión alguna. El pueblo entero debe estar animado de una única voluntad inquebrantable: vencer al fascismo.

LA CONFIANZA EN EL TRIUNFO FINAL.—Pese a los posibles descalabros, la fe en el triunfo final debe ser inquebrantable. El combatiente debe poseer esta confianza de un modo absoluto. Y estará realmente impregnado de esta convicción cuando tenga la seguridad del valor de su jefe, cuando juzgue suficientes los medios materiales, cuando vea que a su retaguardia todo es trabajo dedicado a la guerra en que él ha de dar su vida.

VALOR, COMPETENCIA Y ESPÍRITU DE JUSTICIA DE LOS JEFES.—El soldado está dotado generalmente de un espíritu de observación suficiente,

que le hace apreciar el valor real de sus jefes. Si no puede apreciarlo directamente se dará siempre cuenta por la comprobación de los resultados obtenidos. La confianza del combatiente en los que le dirigen debe ser absoluta, será uno de los factores más importantes de su fuerza moral. Esta confianza no puede inculcarse a los subordinados al modo de una sencilla consigna; se impondrá por sí misma si los jefes están a la altura de la misión que se les ha confiado. El soldado no se entrega espontáneamente a sus jefes solamente porque posean insignias; únicamente se confía a los que en su fuero interno reconoce superiores por sus cualidades.

Las cualidades del jefe serán objeto de otra conferencia.

CAPACIDAD DE ACCIÓN DE LOS MEDIOS MATERIALES.—En el combate los soldados se dan cuenta muy rápidamente del valor de sus armas: si aprecian que pueden luchar en igualdad de probabilidades, lo harán sin titubeos; si prueban que sus medios tienen una superioridad, aunque sea pequeña, su moral se verá rápidamente exaltada; si, por el contrario, aprecian que se hallan en inferioridad, a no ser que intervengan factores potentísimos (como fe ciega en el mando, exaltación momentánea de los ideales producida por una arenga, o exaltación heroica producida por el ejemplo, se verá pronto relajada su moral; entonces pensarán que cuantos prodigios de valor puedan desplegar, que su sacrificio mismo, no servirá para nada. El soldado debe tener la seguridad de que tampoco le faltará nada esencial, como agua, municiones, víveres. Sufriendo múltiples privaciones se deprimirá mucho más fácilmente. Si sabe que estas privaciones se derivan de la guerra, las soporta con resignación; pero si se da cuenta que son debidas a la incuria de los jefes, a desmoralización y falta de cuidado de la retaguardia, sufrirá moralmente y la indisciplina y la protesta germinarán en él. Si, por el contrario, ve que todos sus jefes, cada uno dentro de sus atribuciones, hacen lo posible para procurarle el máximo de garantías y de seguridad y de subsistencia, tendrá confianza y sufrirá físicamente las mayores penalidades.

LOS ÉXITOS Y LOS FRACASOS.—Una victoria, por pequeña que sea, enardece siempre al combatiente; si los hechos victoriosos se suceden provocarán el entusiasmo, elevando al sumum la moral de la fuerza.

Los fracasos, por el contrario, deprimen. El soldado que sufre derrotas consecutivas se desanima, sin embargo, si el soldado se halla provisto de una sólida moral, las derrotas pueden provocar en él una reacción espontánea, capaz de todas las energías y de todos los heroísmos. Los ejércitos aliados, en la Gran Guerra, vencidos al principio constantemente por la superioridad de armamento y de preparación, supieron reaccionar en una sacudida de heroísmo y

pasar de una inferioridad a dominar, vencer y luego rechazar al adversario en el Marne.

Si el éxito afirma la moral del combatiente, la esperanza de obtenerlo puede igualmente exaltarla. Esto se comprueba en los preparativos de la ofensiva. El solo hecho de que el jefe decida atacar, da al combatiente la impresión del valor de sus fuerzas y de la posibilidad de vencer. La ofensiva aumenta la confianza y crea el entusiasmo. La defensiva, por el contrario, no dará jamás al soldado esos sentimientos.

Si el éxito real exalta siempre la moral del combatiente, el anuncio y la propagación de noticias falsas de victoria son factores de depresión, cuya acción perniciosa es preciso impedir se propague en el seno del ejército en campaña. Si en principio crean el entusiasmo, ocasionan luego una recaída desastrosa y una desconfianza completa.

Los que inician estas falsedades no comprenden todo el mal que cometen. La prensa obra a veces en tal sentido cuando da informes que luego reconoce el soldado como perfectamente inexactos. Este agente de depresión es una de las armas de que a menudo se sirve el adversario para desmoralizar a sus enemigos.

El exceso de confianza conduce a la fatuidad, que lleva en sí al desprecio del valor real del adversario, cegando al ejército respecto a su verdadera capacidad de acción. Entonces se olvida el combatiente de rodearse de las garantías necesarias, y las sorpresas son la triste consecuencia de la infatuación.

TEMA TERCERO

Disciplina

Para que un ejército dé todo su rendimiento no basta que su parte intelectual elabore planes perfectos y que su parte material esté en condiciones de ejecutarlos; es preciso que exista entre el principio director y el elemento pasivo una colaboración constante que armonice, fusione y sintetice ambas. Esta colaboración sólo se realizará por la obediencia del soldado.

Esta se impone, más que individualmente, en la aglomeración. Es necesaria para permitir al organismo funcionar de una manera regular, según la voluntad del jefe. Coordina las energías individuales, el esfuerzo de cada uno con el de todos, la potencia de una masa con la de otras masas.

Los medios materiales dan al ejército su capacidad de acción; la fuerza moral da fuerza al ánimo, agrupándose por la disciplina los esfuerzos de todos.

En campaña debe ser la disciplina absoluta, pues la menor falta puede ser fatal.

OBEDIENCIA NO RAZONADA.—La disciplina impuesta de modo violento da origen a la obediencia pasiva. En este caso el soldado obedece sin razonar de una manera refleja, obra sin saber por qué, simplemente obedece porque se le manda.

Esta sumisión era posible en los antiguos ejércitos, en cuyos soldados la formación progresiva, que duraba toda su vida, había hecho abdicar toda voluntad personal. Actualmente puede obtenerse en ciertas fuerzas coloniales de entre los pueblos más incultos, y puede existir también entre los individuos de inteligencia pobre, incapaces de comprender. Tales soldados podrán ser capaces de cumplir un servicio escrupulosamente, pero serán incapaces de hacer nada más. Si se les pide un acto de iniciativa, jamás serán capaces de secundar el esfuerzo del jefe. Esta obediencia pasiva, que aun en nuestros días reclaman bastantes de los que ejercen el mando, es absolutamente insuficiente. No solamente quita al soldado toda iniciativa, sino que hace de él un instrumento inconsciente, sin otro valor que su fuerza brutal. El soldado debe estar dotado de cualidades superiores.

Hasta nuestros días, la violencia ha sido el único medio de aplicar la disciplina; cuando el hombre estaba impregnado de los principios de sumisión pasiva, esta manera de proceder podía existir; pero hoy no puede servir como medio de educación del soldado en campaña, aun menos que en la vida de retaguardia, podrá dar resultados satisfactorios. Los únicos fines lógicos que podemos admitir para justificar el castigo son:

La reparación del daño causado, siempre que pueda ser real.

La intimidación de los demás por el ejemplo, pero teniendo en cuenta que el temor al castigo sólo da resultados insignificantes.

La enmienda del culpable, que sólo se conseguirá si el castigado comprende el mal del hecho cometido.

El castigo, en su esencia misma, no posee ningún efecto curativo. La disciplina coactiva podrá parecer a veces que da resultado; pero éstos jamás serán reales; su efecto será solamente momentáneo; mientras el jefe esté presente todo parecerá perfecto; cuando no lo esté habrá cesado la coacción y dejará de reinar el orden.

Bajo la dirección de un jefe duro, la fuerza puede maniobrar de un modo impecable; la tropa tendrá una destreza física perfecta; pero carecerá de la necesaria energía moral.

En tiempo de guerra no es con sentimientos tan poco sólidos como

los de la subordinación impuesta por el temor con los que se puede conducir a los hombres a la muerte; para llegar a esto es necesario un ideal más noble, capaz de obrar más potentemente sobre el espíritu del soldado. El soldado que obedezca por temor dejará de obedecer cuando el temor no existe. El hombre que ha cedido a la coacción es siempre un ser herido que sólo puede sentir el desprecio y el odio hacia el superior.

La amenaza del castigo también desmoraliza al buen soldado que lucha por un ideal; siente ultrajada su voluntad cuando sólo recibe el estímulo de una amenaza constante.

El soldado no ha de encontrar en la disciplina una carga que le haga sufrir física y moralmente, sino que debe experimentar el gozo íntimo del deber cumplido. Lejos de temerla, ha de amarla, convencido de que es para él un deber del que saca el mayor provecho.

La disciplina coercitiva no debe ser empleada más que con individuos incorregibles, a los que los razonamientos no hayan podido hacer cambiar de ruta. Pero tales casos son raros. Las naturalezas rebeldes al razonamiento, cuando éste es real, no son frecuentes, sino para los jefes que no han sabido guiarlas y conducir las hacia mejores sentimientos.

Aun siendo necesaria su aplicación, debe tener el castigo un fin esencialmente moralizador con respecto al culpable, tratando de provocar en él desprecio a sus malos sentimientos. La idea de venganza debe desaparecer de toda organización que tenga por fin la educación de los miembros que la componen. La aplicación de medidas draconianas ha producido siempre más daños que bienes. Las unidades donde los castigos son múltiples y repetidos prueban que su jefe es un mal educador, incapaz de mandar e indigno de la misión que se le confía.

El soldado actual movilizado para la campaña, más aún que cualquier otro, no tiene la mentalidad del antiguo soldado profesional del régimen capitalista, que obedecía de una manera refleja. No puede ser un autómatas sin reacciones psíquicas; podrá llegar a una completa sumisión, y éste es el ideal, pero comprendiendo que tal es su deber y que lo hace por su propio bien. Entonces admitirá de una manera razonada y consciente cuanto se le pide, porque conocerá el porqué de su obediencia. Si este nuevo estado del soldado actual presenta ciertos defectos, tiene múltiples ventajas, que compensan aquéllos largamente. Para llegar a obtenerlas es necesario dar al soldado una seria comprensión del sentimiento del deber; al jefe incumbe esa misión, y para llegar a ello habrá de armarse de la paciencia necesaria. La educación ha de ser progresiva, día por día, hasta conseguir con sus raciocinios hacer comprender los beneficios de la obediencia más absoluta.

La palabra disciplina encuentra entonces su verdadera acepción "discere discipulus", que indica enseñanza. Es, pues, por la enseñanza como habrá de conseguirse la obediencia y la disciplina, y cuanto más voluntariamente sea admitida, tanto más será absoluta, razonada y útil. Todavía habrá más motivos que el propio bien para la aceptación de la disciplina por el soldado, como serán el ejemplo de disciplina de los jefes, la comunidad ideológica con ellos, que engendrará la confianza, y el respeto a los sentimientos propios de cada individualidad, que quitará todo recelo.

El jefe ha de ser prudente al formar juicio de sus hombres; frente al culpable que ya ha sufrido castigo, debe mostrarse cariñoso, obrando como si el pasado le fuera desconocido, dándole confianza de que no le tiene el menor rencor. Además han de tener en cuenta que en campaña todo hombre es susceptible de mejoramiento; no existe ningún soldado que no tenga, al menos, una cualidad que pueda ser explotada; al oficial corresponde penetrar en su interior para descubrir lo que haya en él de bueno y de malo. Para tener éxito habrá de ponerse en comunicación moral con el hombre, habiendo muchas maneras de lograrlo; unas se dirigirán al sentimiento del deber, otras al amor propio, otras al interés; lo esencial es llegar al fin que uno se ha propuesto. En la guerra, un jefe que sea algo psicólogo podrá llegar a sacar partido de los defectos de sus hombres; los peores, los más violentos, son susceptibles de prestar grandes servicios, y además el jefe debe tener en cuenta que su misión es no sólo aprovechar lo bueno que ya tenga cada uno de sus soldados, sino también enmendar lo malo; una palabra dirigida al corazón del culpable que toque su dignidad, sus sentimientos, hace más que un castigo brutalmente aplicado, y el perdón de una falta puede ser más eficaz que su castigo.

Ante un caso de insubordinación es preciso esperar para el castigo a que la crisis aguda haya pasado; los resultados serán siempre mejores; ante una desobediencia, el oficial debe evitar toda manifestación delante de la tropa; hará comparecer al culpable ante él; si se trata de un exaltado que ha obrado por vanidad, para la galería, lo encontrará desarmado en su presencia; si es un inconsciente se dará rápidamente cuenta de ello. Le hablará con calma y tratará de descubrir los motivos de rebeldía, y casi siempre dará con ellos. Muchas veces una nube de lágrimas terminará la entrevista; el hombre será vencido por completo y mejorado para siempre; si después de esta tentativa no mejora el culpable, si reincide, deberá castigar con rigor. En campaña, al frente del enemigo, el mal ejemplo repetido puede ser contagioso y de funestas consecuencias, y la bondad e indulgencia excesiva del jefe puede ser considerada como debilidad. Cuando sea necesario llegar al castigo se impondrá con toda deci-

sión, sin medias tintas, y si la insubordinación cundiese, el superior debe siempre imponerse, a pesar de todo y contra todo. Una primera condición se impone al jefe para vencerla: mantener su sangre fría, no dejarse llevar de los impulsos y no recurrir a la violencia, más que verdaderamente forzado a ella y en el único caso excusable de legítima defensa.

La indisciplina en las filas del ejército debilita siempre la energía moral del soldado; a menudo la suprime completamente. Allí donde la autoridad del jefe no es absoluta, el valor del conjunto se hace completamente nulo; los malos siembran el disgusto, y los buenos, viéndose incapaces de evitarlo, terminan por descorazonarse. La historia es pródiga en ejemplos de desastres sufridos por efectos de indisciplina. La indisciplina se deriva a menudo de la debilidad del jefe, puede ser una resultante de su incompetencia, de su falta de conocimiento psicológico del combatiente, de su falta de respeto a la personalidad del hombre, de su injusticia, de su abuso de autoridad; todas ellas son causas que no existirían si estuviese a la altura de la misión que se le confió por el pueblo de conductor de sus hijos.

El enorme desenvolvimiento adquirido por la extensión de los frentes, el gran número de combatientes, hacen imposible que una dirección única pueda atender a todo. La iniciativa debe, por consiguiente, existir en los jefes, en los cuadros subalternos y aun en el soldado. En el curso de un combate, nuevas situaciones imprevistas pueden crearse, sin que el jefe tenga tiempo de advertirlo y dar órdenes; de igual modo es posible se produzcan vacíos en el frente que obliguen a los inferiores a hacer uso de la iniciativa; el mando no puede exigir siempre en la ejecución de las órdenes el automatismo absoluto. Puede reprimir las iniciativas anormales o extemporáneas, pero debe admitir las colaboraciones inteligentes.

La obligación estricta de seguir los reglamentos de una manera absoluta quita al soldado la confianza en sí mismo, aniquila su espíritu de sacrificio y lo desmoraliza; la confianza en el triunfo da al soldado una fuerza moral potente; vuelto escéptico el combatiente, pierde pronto todo su valor y la energía necesaria para luchar con éxito. Múltiples causas conducen al escepticismo. Anteriormente hemos estudiado bastantes; las principales son: la incapacidad de los jefes, la falta de medios continuada, los repetidos fracasos y la falta de veracidad en los informes de guerra.

TEMA CUARTO

La moral de la retaguardia

La guerra en frentes estabilizados permite a ciertas causas de depresión moral implantarse y desenvolverse en los lugares donde el ejército se estaciona. Al abandonar la trinchera el soldado se establece en acantonamientos, en zonas o pueblos de la retaguardia, donde se encuentra mezclado con la población civil, que se compone, desde el punto de vista que nos interesa, de dos clases: los trabajadores y los comerciantes. En esta zona los cabarets, tabernas y prostíbulos, llegan a ser numerosos en seguida; el ansioso de ganancias en todas partes no reconoce límites, y desde el punto de vista moral el dinero manda; excluidos los trabajadores útiles para producir, y que deben ser todos, el resto del elemento civil no solamente es inútil, sino que es causa de desmoralización del ejército, por la cínica explotación de que hace víctima al soldado y la depravación que lleva consigo. Ciertamente pueden adoptarse medidas severas para evitar los abusos: unas, reglamentando los precios de ventas; otras, tratando de contener la ola de inmoralidad que la prostitución representa; pero estas medidas están lejos de ser suficientes, y además no pueden ser llevadas al límite, porque pueden producir fenómenos de mayor inmoralidad, por lo que necesariamente ha de tenerse una cierta tolerancia, admitiendo esta causa de relajamiento de la moral militar como uno de tantos males que la guerra acarrea.

Siendo el dinero el factor fundamental de las diversiones, los que lo poseen en abundancia, es decir, los jefes, son los más expuestos a caer en el vicio, rebajándose entonces y dando el peor ejemplo. Además de lo que representa de depravación en sí la asistencia del soldado y jefes generalmente casados a los prostíbulos, otras causas de rivalidad, de recelo, de desacuerdo entre los hombres, pueden originarse, aparte de que el dinero así derrochado suele hacer falta en los hogares desolados de los combatientes, que verán pasar los días en el más cruel de los abandonos.

Hay quien cree que el cabaret, el prostíbulo, la taberna, son en la guerra útiles; jamás se ha comprobado que el jefe o el soldado que frecuentan el cabaret o que se emborrachan en sitios más o menos equívocos de la retaguardia hayan mostrado cualidades superiores que los que mantienen intacta su dignidad personal.

El alcohol, provocando la borrachera, es un factor de degenera-

ción física y mental; el alcoholismo, desde el punto de vista físico, coloca al hombre en plano más bajo que las propias bestias. Le borra todos sus sentimientos nobles, oscurece su inteligencia y le abandona a menudo a la influencia de las malas pasiones, tan funestas para su salud física como para su dignidad moral. Además del peligro que la bebida tiene, para el alcohólico mismo, es una fuente de escándalo, de desórdenes, de indisciplina, y a veces un peligro también para los demás combatientes. Si el borracho es un jefe, su mal ejemplo será muy perjudicial para el soldado, que además terminará por no guardarle la menor consideración.

Ante el borracho no hay más, de momento, que hacer que dejarle dormir, procurando ponerle a seguro para que no escandalice y prevenir todo peligro; es inútil irle con razones en tal momento: es de hecho un inconsciente. Cuando haya vuelto a su estado normal, si la falta no ha sido más que accidental, será preciso emplear la amonestación, tratando de hacerle abandonar tan funesta pasión; si por reincidencias múltiples demuestra que nada puede obtenerse de él, por haber destruído el veneno todas sus cuerdas sensibles, entonces es preciso emplear la coacción y castigar. Si, a pesar de todo esto, no se obtienen resultados, el jefe deberá tener en cuenta que el alcohólico inveterado es un ser peligroso para la humanidad, que no puede mantenerse en las filas del ejército de un pueblo civilizado.

Por otra parte, la bebida apaga las facultades del combatiente, oscurece su inteligencia y le priva de la mayor parte de sus medios de acción; su espíritu de observación, su iniciativa, tan útiles en presencia del peligro, se hacen nulas. Si el soldado se vuelve más audaz, más temerario, por el contrario es menos prudente y se expone más, y en consecuencia las pérdidas son mayores; los hombres que han bebido, no están a la mano de sus jefes, y las órdenes quedan sin cumplir.

Los soldados alemanes, en la guerra europea, eran con frecuencia embriagados por el mando; el resultado no fué otro que el sacrificio de numerosas unidades y el cubrir de oprobio al ejército de su país con las atrocidades cometidas dando fin a los heridos, matando a los prisioneros y entregándose con los no combatientes a los actos más innobles.

El alcohol, utilizado reflexivamente en un ejército, no puede ser empleado más que para sostener momentáneamente al soldado cuando la fatiga le agota y hay necesidad de realizar un último esfuerzo. Jamás debe ser empleado para excitar al soldado frente al enemigo.

La moral de las poblaciones civiles de la retaguardia repercute de manera efectiva sobre los combatientes, además de por los hechos apuntados, por otras múltiples razones. Las querellas políticas, las

disensiones intestinas, la laxitud del país, se revelan, a pesar de la interdicción de la censura, por medio de la prensa.

Por otra parte, en las guerras de alguna duración el soldado marcha con permiso a retaguardia, y si allí encuentra a los suyos desilusionados, se da cuenta de que en el interior del país la moral se debilita, y en lugar de reforzar sus energías, el descanso y la convivencia con amigos y parientes y vecinos le abatirá, haciéndole volver desolado y falto de toda voluntad al frente.

La moral de la retaguardia tiene, pues, una repercusión considerable sobre el soldado en campaña, por lo que será preciso vigilar por el mando que también se mantenga inquebrantable durante el transcurso de la guerra.

LAS RECOMPENSAS.—Son para el soldado uno de los hechos que más elevan su moral cuando son justamente concedidas. Es, en cambio, grave causa de desmoralización para el combatiente el ver premiados a los que no van a combatir (con largueza), mientras se regatea el premio a los que todo lo merecen. Cuando se ha sacrificado, cuando ha hecho un acto heroico o ha vertido su sangre por la patria, es feliz y se siente orgulloso, la citación en la orden del ejército, la concesión de una condecoración, son recompensas merecidas. Su emoción es intensa cuando públicamente es condecorado por sus méritos. El sacrificio hecho de su persona le parece entonces ligero, comparado con la distinción que se le otorga; sus sentimientos se exaltan, su valor se redobra, su gratitud no reconoce límites, y su fuerza moral se hace inquebrantable. Los compañeros que le rodean son estimulados igualmente por el ejemplo. Es necesario, sin embargo, que el máximo de justicia posible guíe estas recompensas.

LOS SENTIMIENTOS NOBLES.—El soldado posee normalmente ciertos sentimientos nobles, capaces de poner su moral al abrigo de las causas de depresión. Estos, a menudo, son innatos, pueden provenir también de su educación anterior, dan al combatiente fuerza viva y le conducen a los sentimientos del honor y del deber, al agradecimiento, a la abnegación y al espíritu de sacrificio si las circunstancias lo exigen.

El honor incita siempre al hombre a conservar su dignidad en todo tiempo y ocasión, mereciendo en todas partes la estima general; además conduce al cumplimiento del deber. El sentimiento del deber es la firmeza del alma, que hace al soldado capaz de soportarlo todo; proporciona la bravura, esto es, el valor ante el peligro; produce la energía que le permite soportar con entereza los sufrimientos, la fatiga y las privaciones, los males de cualquier estilo que lleva consigo la guerra. Además conduce al heroísmo. La gratitud es el sentimiento que arrastra al hombre hasta dar su vida por otro a quien está obligado por algo.

La abnegación es la gratitud llevada al máximo.

El espíritu de sacrificio es la suprema abnegación.

Durante la acción el entusiasmo da al soldado el impulso, la voluntad su potencia de acción, del amor propio nace el deseo de obrar.

El soldado que posee estas cualidades es capaz de sobreponerse a todas las causas de alteración que obren sobre su fuerza moral. No dudará de poner la causa por encima de sus intereses materiales, de las consideraciones de orden familiar y hasta de su propia existencia. Irá reflexivamente y sin dudarle hacia la muerte si considera su sacrificio necesario para el triunfo de los suyos.

Aunque no sean sentimientos tan puros como los anteriores, es lo cierto que existe en todo hombre un sentimiento innato que le hace susceptible de ser orgulloso. Aunque es propio de los individuos, también existe en la colectividad. El oficial encontrará en tal sentimiento un medio potente de estimular al soldado; todo combatiente sueña con cubrirse de gloria; el terreno está, pues, preparado; basta al jefe exaltar esos sentimientos para llevar al hombre el deseo de realizar actos de heroísmo.

Análogamente pasa con la ambición, que si tiene límites justos puede ser igualmente aprovechada en la guerra.

NECESIDAD DEL AFECTO.—Todo hombre posee necesidad de expansión de su ser, que le lleva al afecto; éste suele manifestarse no sólo en la formación de grupos de amigos que se forman por razones de simpatía, sino que también por el cuidado de un perro, un cordero, un caballo, el fusil, etc. Cuando semejantes afectos se hallan impregnados en el corazón del soldado, quebrarlos a la ligera, sin motivos suficientes, es hacerles sufrir moralmente. En la naturaleza del ser humano entra el poder explayar esta necesidad de afectos. Combatir al sentimiento es herir al hombre, y al propio tiempo desmoralizarle.

ALEGRÍA, ENTUSIASMO, BUEN HUMOR.—Todo lo que proporciona alegría, diversión, entusiasmo, sostiene la moral del soldado, avivando su energía, momentáneamente deprimida. En campaña la canción provocará la alegría; si es graciosa, despertará el buen humor; si glorifica la bravura (himnos populares), también exaltará la moral y el espíritu agresivo. Los conciertos, las revistas, los teatros en el frente distraen también al soldado; los juegos deportivos, a más de sus ventajas físicas, dan decisión. Todas estas diversiones en los acantonamientos sustraerán al soldado de la influencia nefasta del cabaret, del naipe, del prostíbulo, de la taberna, impidiéndoles dejarse sorprender por la funesta melancolía. Distrayendo, divirtiendo al soldado, este factor de depresión desaparece. El hombre que está

alegre no se desmoraliza; la tristeza es, por el contrario, una de las principales causas de desfallecimiento.

EL DERROCHE DE MEDIOS MATERIALES.—Cuando los jefes no velan por el patrimonio del pueblo con el mismo cuidado constante que por sus propios BIENES; cuando gastan sin limitación, bajo pretexto de que su bolsillo no interviene; cuando comienza por asignarse en toda ocasión las mayores ventajas, el ejército está perdido si el alto mando no interviene, haciendo tabla rasa rápidamente de cuantos mandan con tan poca nobleza.

TEMA QUINTO

El soldado español

Dos aspectos vamos a mirar en el español como soldado: uno de ellos es el de sus cualidades generales; otro, el de las cualidades circunstanciales aparecidas en él como consecuencia de las características de la presente guerra.

Desde el primer punto de vista, el español reúne cualidades para ser un gran soldado. Es lo bastante inteligente para comprender la importancia de las órdenes que recibe y adquirir rápidamente una sólida instrucción; su valor personal es reconocido en el mundo entero; sobrio y sufrido sabe acomodarse a las necesidades y penalidades de la guerra, hasta el punto de morir de hambre y sed antes que rendirse; fuerte para la marcha y el trabajo, es, quizá, el soldado que más tiempo tarda en agotarse en los frentes de combate. Frente a estas buenas cualidades, sólo un defecto apreciable hay que reconocer en él: su impresionabilidad. Ciertamente que por ella, cuando avanza victorioso, es irresistible; pero en cambio sus retiradas son tan rápidas como sus avances; afortunadamente tarda poco en recobrase, y siempre fueron frecuentes las reacciones heroicas del soldado español.

Su nobleza es proverbial, así como su amor al jefe, al que con frecuencia eleva a la categoría de ídolo, bastando un gesto suyo para que se lance al sacrificio sin reparo. Es confiado, afectuoso, agradecido y abnegado.

Su alegría y buen humor le ayudan siempre a soportar las fatigas y hasta las desdichas del combate; pero esta alegría se transforma rápidamente en burla; percibe con facilidad las extravagancias de cada uno; el respeto a sus jefes no le impide ponerles algu-

nas veces en ridículo, hallando el apodo que mejor convenga a sus defectos.

Su amor propio, sostenido por la presencia de sus compañeros y jefes, puede desaparecer si escapa a la vigilancia de éstos, y entonces dudará poco en permanecer emboscado. El mismo hombre que vigilado se conduciría bien, puede portarse cobardemente si se le pierde de vista.

Aunque es fácilmente valeroso, nuestro soldado no quiere batirse solo; tiene necesidad del ejemplo de sus jefes y del concurso de sus vecinos; tiene la preocupación de que también se expongan los demás y hasta critica la permanencia a retaguardia de los sostenes y reservas, por lo que el turno habrá de ser rigurosamente guardado.

Nuestro soldado está así hecho; si no avanza más o retrocede, no es porque tenga miedo; es, sobre todo, porque está o se cree abandonado o envuelto; esto es lo único que en el combate le subleva o abate. Debe, pues, combinarse todo para crear a su alrededor una atmósfera de confianza en los demás; tiene necesidad de sentir constantemente que se va tras él y con él, que no está solo para sufrir; de lo contrario, duda y se oculta y no hace fuego, o lo hace sin mirar o se da a la fuga.

En el combate quiere estar ocupado, devolver disparo por disparo, si está expuesto al fuego, y acabar lo más pronto posible; de aquí su arrojo en el asalto; pero es preciso que tenga éxito, de lo contrario no será difícil que retroceda tan de prisa como avanza. Por ello es necesario preparar con cuidado toda operación a fin de reducir en lo posible lo que forzosamente se ha de dejar a la casualidad o a la suerte.

Otra de las preocupaciones de nuestros soldados es la de ser prontamente socorridos, caso de resultar heridos.

Compréndese por esto la importancia que adquiere el ejemplo en el mando. El soldado español ve en la cara, en los gestos, en las actitudes de sus jefes la marcha del combate; si el jefe padece, el soldado tiembla; si permanece en su puesto, la guerrilla se convierte en muralla; si es un héroe, puede tener la seguridad de que todos sus hombres lo serán.

Tales son las cualidades generales del soldado español; pero no se crea que serán de un modo uniforme en todos ellos. Lo dicho, al tratar de la influencia del temperamento y de la edad, de las diferencias entre el soldado procedente del campo y de la población, etcétera, marca ya bastantes diferencias. Y no es difícil hallar en el soldado español modelos de audacia e intrepidez, o prototipos de astucia y destreza.

Desde el punto de vista de las circunstancias en que se desen-

vuelve la guerra actual, las cosas varían bastante, y lo primero que se establece es una clasificación entre el hombre que se considera soldado y como tal adquiere las cualidades generales dichas, y el que aun siéndolo, y excelente, procura conservar su personalidad individual en todo momento, cediendo siempre con dolor en cuanto representa la disciplina de pérdida de la misma.

Resulta por ello el manejo del soldado actual, mucho más difícil que en tiempos pasados; su cultura no es lo bastante sólida para comprender muchas de las circunstancias en que se desenvuelve la lucha antifascista, y de todo lo que no se produce como él quisiera, hace responsable al mando o al Gobierno; siente curiosidad por enterarse de todo, saber de todo, discutirlo todo, sin tener en cuenta que en la guerra son muchas las cosas que ni aun a los mandos militares les es dado conocer, que pertenecen a la alta política, a la diplomacia, al mando superior, etc.

Estas cualidades son evidente consecuencia de la reacción provocada en su ánimo por el hecho brutal del levantamiento fascista, por el inicu apoyo que al levantamiento prestaron y prestan las dictaduras capitalistas, por la traición casi general de los antiguos mandos militares, por la falta total de autoridad en que cayó el Gobierno, que no pudo o supo prever y evitar o aplastar el movimiento reaccionario etc. Nada tiene, pues, de extraño la desconfianza del soldado a someterse sin discusión a las órdenes de quienes, para él, siguen representando la posibilidad de una traición, y si en los mandos inmediatos va adquiriendo confianza porque ve generalmente en ellos al camarada inteligente y valeroso, le cuesta más trabajo adquirir en los oficiales del ejército antiguo, a pesar de que comprende con facilidad el doble mérito de los que supieron permanecer leales a pesar de tantas circunstancias adversas, de los que fueron en los primeros momentos el baluarte en que el pueblo halló sus primeras defensas, y que aun arriesgándolo todo con todas las probabilidades en contra, fueron los guías de aquellas primeras milicias que surgieron de la entraña viva del pueblo.

Por fortuna, si de algo peca el español, es de confiado, por lo que, sin duda, estos recelos tan injustos no tardarán en trocarse en la absoluta confianza, tan necesaria para la victoria. A conseguir esta confianza y a lograr, sin herir la personalidad, que se acepte por todos una férrea disciplina, ha de tender todo oficial en cualquier momento. Para ello es necesario agotar todos los razonamientos, prevenirles siempre que sea posible conocer los obstáculos y dificultades que se hallarán; con ello no se hace más que excitar su valor, que el español no se amilana ante los conocidos riesgos, ni ante las necesarias fatigas, ni ante las privaciones inevitables.

Por el contrario, es preciso guardarse de darle informes sobre

el enemigo que no estén absolutamente comprobados, tales como que está agotado, mal nutrido y pagado, falta de municiones, etc.

Si luego de haberle presentado como fácil una operación, ésta fracasa, en él surgen inmediatamente todos los recelos, y nadie le hará creer que no se debió a traición del mando.

Hay que convencerle de que actualmente la subordinación no resulta de la diferencia de clases sociales, como sucedía, en general, en el antiguo ejército, en que el soldado era esclavo y el oficial su amo; en nosotros, por el contrario, se debe obediencia al oficial, como más capacitado para mandar, y nunca debe el oficial olvidar que esto es así y que, si el soldado le admite como jefe, ha de unir a su mayor inteligencia, capacitación y educación, suficiente tacto para no restar al soldado ninguna de las consideraciones que le son debidas como hombre, como camarada y como ser que da cuanto tiene por la causa común antifascista.

Hemos de convencer al soldado de que la disciplina que le exigimos no es en realidad mas que solidaridad necesaria para el fin que nos hemos propuesto, de hacer la guerra al fascismo traidor, y que esa solidaridad sólo será efectiva cuando sea admitida por todos, sin distinción de matices ni ideas, y exigida por todos siempre que alguno, por miedo, mala fe o rebeldía franca, intentare romperla. Al rebelde ha de hacérsele ver que la rebeldía entre los que luchamos contra el fascio, es traición y es fascismo. Esta disciplina solidaria ha de ser mantenida, no sólo en el combate, sino en todo el tiempo que dure la campaña. Si el combate fuese obra individual, los hombres apasionados, valerosos, que componen una fuerza, tendrían probabilidades de victoria; pero en una fuerza, sea la que sea, frente al enemigo, cada uno comprende que la tarea no es de uno solo, que es obra colectiva y simultánea, y si se halla entre compañeros casuales, sin ninguna solidaridad que los una, sentirá instintivamente la falta de unión, dudando si podrá contar con los demás en caso de necesidad, duda que le restará todo su arrojo.

Para que una fuerza sea capaz de abordar al enemigo, es preciso que cada hombre esté íntimamente convencido de que su vecino marchará a su lado y no le abandonará, y de que esto sea así, sólo la disciplina, impuesta, si preciso fuera, violentamente, es capaz de responder. Y el oficial no es otra cosa que la expresión de la voluntad solidaria de cada uno de los que componen la fuerza, de que nadie se quede atrás, de que todos cumplan su deber, y al imponer él la disciplina, lo hace a nombre y en bien de toda la fuerza.

La seguridad en el soldado de que la solidaridad será mantenida en todo momento, porque el oficial responde de ello con su propia vida, obligando a todos a los mismos sufrimientos, a la misma igualdad ante la muerte, es lo único que puede arrastrarle sin dudas, tanto

en los momentos de exaltación como en los de decaimiento, al ataque resueltamente, porque todo el mundo va con él.

Esta es la virtud de la confianza en el mando que a toda costa se ha de conseguir de todos, porque es necesario y es útil para todos.

Si la confianza está basada en el conocimiento mutuo, resulta también de una serie de impresiones del momento, hecho éste de gran importancia, ya que no siempre es posible aquél entre el mando y el soldado. Tales son el prestigio de los jefes, adquirido en el mando de otras fuerzas; su fe en el éxito, la minuciosa preparación de los combates ofensivos y defensivos, las disposiciones tomadas para atender a los heridos y a las necesidades generales de las fuerzas, la preocupación constante del jefe por sus hombres y por aprender cada día más, por el estudio, para mejor conducirlos a la victoria.

El soldado español fué siempre observador, y actualmente une a sus dotes una mayor cultura que agudiza su natural perspicacia para distinguir el buen jefe del que sólo es valeroso o del que sólo es buen hombre.

Así, pues, el material es bueno aun cuando no esté en circunstancias muy favorables para modelarlo; pero el hacer estas circunstancias variar, no es difícil, y, sobre todo, depende del acierto con que se comporte el oficial, cuyas dotes estudiaremos en la lección siguiente.

TEMA SEXTO

Para mandar, verdaderamente, es preciso ser alguien, y para hacerse obedecer plenamente y sin reservas, es preciso una superioridad indiscutible a un mismo tiempo en dominio intelectual, profesional y moral.

CUALIDADES INTELECTUALES.—Las cualidades intelectuales sirven para concebir ya una operación, ya una maniobra; consiste, principalmente en la imaginación y el juicio.

La imaginación es esa facultad de la inteligencia que permite representarse de antemano los acontecimientos, hacer las hipótesis más verosímiles, considerar las eventualidades más probables; en una palabra, formarse una idea, todo lo próxima que es posible, de las fases de la lucha. Pero si esa imaginación no estuviese completada con el juicio, sería con frecuencia más perjudicial que útil, porque conduciría a divagaciones. El juicio hace que se vean las cosas tales como son y no tales como se querría que fuesen, que se inter-

prete en seguida su importancia relativa y que se inclinen ante la evidencia y realidades. Tener juicio en una situación determinada es entrever claramente las consecuencias de un acontecimiento, apreciar el pro y el contra de una decisión y discernir el partido más ventajoso que se puede tomar. Esta cualidad del juicio se llama golpe de vista cuando se aplica sobre el terreno mismo de la batalla; entonces une a la idea de exactitud la idea de rapidez.

A la imaginación y al juicio deben agregarse dos cualidades secundarias, que se derivan precisamente del juicio y parecen, a primera vista, contradictorias: la prudencia y la audacia. Cuando un jefe es prudente, no se empeña en un asunto cuyos probables resultados sean desproporcionados con los sacrificios que cuesten; en todo caso no se aventurará sin haber pesado todas las consecuencias y puestos todos los medios posibles en juego. Ser audaz es saber aprovecharse de una falta del adversario o coger una ocasión favorable para obtener un éxito fácil. La prudencia es una cualidad de todos los días, mientras que la audacia es de un empleo excepcional.

Todas estas cualidades son innatas en los hombres, pero pueden desarrollarse por el estudio, el razonamiento y la reflexión. Sin embargo, algunos hombres no llegan a poseerlas en grado suficiente; el juicio, sobre todo, falta frecuentemente, y la experiencia muestra que su ausencia en el mando está llena de fatales consecuencias.

CUALIDADES PROFESIONALES.—Consisten, esencialmente, en conocimientos militares extensos, unidos a la ciencia del mando y a una honradez profesional a toda prueba. La instrucción varía con el empleo que se ejerza; límitase, primeramente, a los conocimientos relativos a la maniobra, a las disposiciones y a la conducción de las fuerzas del arma a que pertenece; se extiende después a la coordinación de todas las armas y a las múltiples combinaciones a que se presta el manejo de las grandes unidades.

La ciencia del mando, además de los conocimientos dichos, exige el del hombre. Un jefe, sea de la categoría que sea, debe conocer y apreciar en todo momento el estado físico y moral de los hombres que integran su fuerza. La ciencia del mando es además la cualidad que permite al jefe pasar de la teoría a la práctica. Mandar es decidir con toda claridad en el propio espíritu lo que se quiere hacer, expresarlo por órdenes claras, prever las condiciones de ejecución y las consecuencias de las decisiones, informarse en todo momento para poder proseguir la acción en las mejores circunstancias, según la situación de las fuerzas propias y enemigas; determinar en consecuencia y adaptar en todo momento sus fuerzas y medios.

La honradez profesional o lealtad es una de esas cualidades cuya importancia sería inútil tratar, por ser del conocimiento de todos, si no

fuera porque en la práctica surgen individualidades tentadas de librarse de ellas. El temor a una observación o un reproche puede conducir a los caracteres débiles a ocultar o desnaturalizar toda o parte de la verdad. La honradez profesional exige, por el contrario, que los acontecimientos y hechos sean presentados al jefe en su situación exacta y bajo su verdadero aspecto, con toda lealtad.

El espíritu de justicia hace que el jefe sepa recompensar o castigar sin dejarse influir por sugerencias o recomendaciones, no escuchando más que la voz de su conciencia y sin más miras que el bien de la causa. Un jefe justo se granjea siempre la estimación y, con frecuencia, el afecto de sus soldados.

La firmeza es necesaria para el mantenimiento de la disciplina y la ejecución de las órdenes.

La benevolencia, la dulzura, es una cualidad que el que manda no debe descuidar; es el medio más seguro de atraer la simpatía hasta la abnegación.

La confianza entre el jefe y las fuerzas que manda debe ser completa, lo que no excluye cierta vigilancia para asegurarse de que dicha confianza es merecida.

CUALIDADES MORALES.—Tienen por base la idea que se forme el oficial de lo elevado de su misión y, por lo tanto, de la responsabilidad que contrae consigo mismo, con sus jefes y con sus soldados. Son más bien virtudes que cualidades.

CARÁCTER.—Compendio de todas es el carácter cuyos trazos determinativos son la voluntad, el sentimiento del deber, el amor a las responsabilidades, embellecidos por una vida modelo en lo privado y por la generosidad de corazón.

La voluntad es la base de toda decisión, y es imprecindible para llegar a la realización de la misma. Según con la fuerza que se manifieste, es energía o tenacidad, y si es duradera, se convierte en perseverancia. Es la que permite al jefe mantenerse en el camino que se ha trazado con esa firmeza y esa resolución, que no le dejan entibiar por ninguna dificultad y da a todos la impresión de que sabe bien lo que quiere y que ha tomado los medios para conseguirlo. Para obtener todo su alcance, la voluntad ha de ser acompañada de calma y sangre fría, sin lo cual se hace inútil. Por el contrario, un jefe que tiene calma y sangre fría y permanece insensible ante los acontecimientos adversos, sin decir una palabra, sin dejarse llevar por un movimiento de nerviosidad o de impaciencia y no perdiendo jamás de vista su misión, no da más que las órdenes necesarias para adaptar sus medios al momento, es capaz de alcanzar su objetivo, porque domina los acontecimientos; y en todo caso, crea a su alrededor una atmósfera de calma que aun en los momentos más graves,

sacará utilidad de sus fuerzas por la confianza y seguridad que todos tienen con él.

La voluntad es tanto más fuerte cuanto más esté animada por una ardiente fe en la victoria.

El sentimiento del deber está dictado por la conciencia; deriva del amor a la causa, que, en el convencido, transforma la disciplina en una obligación moral a que no puede sustraerse, so pena de desmerecer a sus propios ojos y a los de los demás. Este sentimiento engendra en quien lo posee la rectitud, la abnegación y el valor.

La rectitud lleva al oficial a obrar sin rodeos, sin escuchar más voz que la de la conciencia, sin dejarse disuadir por la perspectiva de ventajas o de otros deberes más o menos ciertos.

Cuando la rectitud acarrea el olvido de sí mismo para no tener más mira que el interés general de la causa del pueblo, se convierte en abnegación.

De la voluntad y del sentimiento del deber resulta el amor a la responsabilidad. El que está animado por este sentimiento, en lugar de buscar fórmulas equívocas para expresar su pensamiento de atrincherarse detrás de los textos y las leyes para cubrirse, no duda en empeñarse a fondo, no deja a sus compañeros y a sus soldados el cuidado de tomar decisiones que le incumben a él; está siempre presto a defenderlos y reivindicar, si es necesario, para sí las responsabilidades que quizás con habilidad pudieran recaer sobre los demás.

VIDA PRIVADA.—La vida privada del oficial debe estar al abrigo de toda crítica; las relaciones sospechosas, las malas compañías, dañan fatalmente a su reputación en el ánimo de aquellos a quienes debe servir de ejemplo. Jamás un oficial debe jugar dinero, vivir empeñado, emborracharse, asistir a lupanares ni realizar acto alguno que pueda salirse de su misión de verdadero maestro de sus camaradas.

Finalmente, un buen carácter no sería completo si no poseyera generosidad de corazón. La bondad es algo más que la benevolencia, porque supone afecto, primera de las cualidades del corazón; por esta cualidad, el oficial se interesa por la suerte de sus hombres, comparte sus miserias y les proporciona ayuda. La bondad llevada a límites extremos, se convierte en generosidad; ésta es la que, en determinadas circunstancias, hace perdonar.



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes

2000:12

